

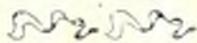
CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO



NOVENA



QUITO

Imprenta de EL TIEMPO

Propietario. Luciano Ceraf.

1906

NOVENA

Tanto monta cortar como desatar

La suerte de las naciones puede ser medida por la calidad de sus gobernantes, bien así en lo que dice á las luces generales como en lo que frisa con la moral pública. En países de escasa ó ninguna civilización la ignorancia anda de bando mayor; y en pueblos viles y corrompidos será mucho si no son facinerosos los que tienen en su poder los destinos de los asociados. Ocurre que en la monarquía el príncipe no siempre es un pozo de ciencia; en esta forma de gobierno el mérito personal suele ser gran cosa, pero de ninguna manera indispensable en el heredero del trono. El gobierno, á despecho de la mediocridad del rey ó el emperador, si está en manos de hombres en quienes el saber concurre junto con las buenas intenciones, puede ser gran gobierno. El verdugo es el primer ministro de un gran príncipe, dicen los secuaces de Hobbes y Puffendorf: los primeros ministros de una gran nación deben ser las virtudes, imperando las cuales el verdugo vendría á ser personaje inoficioso. Guillermo Hohenzollern, sin ser monarca vulgar, no es quien ha imprimido en Alemania el semblante de grandeza con que el día de hoy está resplandeciendo esta potencia á los ojos del mundo: la fuerza intelectual y moral de su ministro es la que mueve esa máquina portentosa de guerra y de política. El mérito de ese ilustre anciano consiste en la modestia con que desfers al con-

cepto de los que alcanzan más que él bien así en ideas como en la práctica de la razón de estado; que si fuera viejo cabezudo, leyes sus caprichos, y no su imperio el que tuviera la sartén por el mango. Con hombres como Bismarck, si su inteligencia no halla contrarresto en la mediocridad de los que gozan del poder absoluto, las pequeñas naciones serían luego naciones de primer orden, y de menguado se convertiría en insigne el pueblo que tuviese la fortuna de producir varones de profundo corazón y alto consejo.

El reino de Cerdeña á venido á convertirse en reino de Italia; ¿á quién la gloria de esta transmutación gloriosa? No su rey, su ministro es el operario de esta refundición de pueblos y coronas. Víctor Manuel, maravillado de el grande hombre de su tiempo, le dejó poner por obra sus planes concierne á la patria, y he allí la unidad italiana, para asombro del mismo que había ofrecido sangre y tesoros, sin caer en la cuenta de los designios del estadista industrial á quien estaba protegiendo antes por vanidad que por filantropía. Cavour, modelo de patriotas y hombres públicos, ha demostrado lo mucho que puede uno de talento y fuerza de alma, cuando no las ha con la envidia opuesta á sus intentos.

Sabido es que el monarca reina y no gobierna en la Gran Bretaña: no tenga cuidado la señora doña Victoria de que las cosas aden mal, si ella no tiene cargo del gobierno: póngalas en manos de lord Palmerston, y échese á dormir, ó gaste las horas santamente en sus devociones. Cuando le falte el noble lord, ahí está el gran Derby; y cuando éste sea derribado por el parlamento, no faltará un judío de triste origen á quien nombrar Canciller, al tiempo que se le alza de la calle con el título de conde de Beaconsfield. Si aun éste cae y rueda por el suelo á los golpes de esos cíclopes conocidos con los nombres de Bright, Beales, ¿no está ahí un noble plebeyo que por ventura se llama Gladstone?

La moderación del actual presidente de la República francesa parte límites con la insignificancia:

los periódicos de la oposición le delinean como hombre bueno, buen hombre, buen padre de familia, buen dueño de casa, buen amigo, buen marido y cien buenos más de esos que forman un malísimo hombre de estado. Pero digan lo que quieran los republicanos enemigos de la república, los demócratas difamadores de la democracia, el Gobierno de la francesa es bueno, y no al estilo de su presidente, sino bueno por elevado y amigo del bien general. Un gran periódico español, * de esos que si fueran americanos fueran *godos*, hace notar que una de las obras más humildes de la República es la disminución de más de doscientos millones de francos de contribuciones. En orden á la instrucción popular, es asombroso el vuelo que ha tomado en estos últimos años, multiplicándose el número de escuelas en términos que, si el actual régimen permanece, vendrá á competir con las naciones del Norte que más adelante han llevado la enseñanza de todas las clases sociales.

La República y su Gobierno acaban de cometer un horrible pecado para con el partido conservador; éste es el secreto, y éste el motivo de los libelos que contra ella andan circulando por el mundo, muy especialmente por las repúblicas más democráticas y adelantadas. Ha puesto en ejecución una ley que había quedado sin efecto; ha despertado un dormido de algunos años; ha disuelto, en una palabra, las congregaciones religiosas no autorizadas; pues la república es una Cafarnaun, su gobierno una gazapina, Grévy un bruto, Gambetta un pícaro. Los legisladores que dictaron esa ley habrán puesto en limpio la materia: no es mío entrar en prolija averiguación de lo pasado en autoridad de cosa juzgada; digo solamente que esta providencia de la República no es crimen por el cual se la condene á muerte, negándole sus buenas obras y virtudes. Que los aláteres de Chambord, súbditos de Enrique V,

* "La Ilustración Española y Americana." Según el "Courrier des Etats Unis," hasta el mes de Julio del presente año se habían suprimido 269 millones de francos de impuestos.

campeones de la bandera blanca, entren en combate con la flor de lis en la mano, podemos llevar en paciencia: que los bonapartistas hagan la guerra á su modo, puede también pasar; pero que republicanos de convicción y demócratas de nacimiento anden pidiendo al ciclo la caída de la república en nación como la francesa que tanto puede con nosotros, esto es lo que no le cabe á uno en el juicio. Los días de Nerón, los de Diocleciano han vuelto á Francia, después de recorrer su órbita oscura en más de doce siglos. Un hijo de Pablo Feval llama á la puerta de un convento. Qué quieres, chico? Vengo para que me disuelvan junto con los padres. Joven sublime! entra á recibir la corona del martirio. Llegan los policiales: Tan, tan! Quién va? Agentes del Gobierno! Qué quieren? Traemos una orden. No hay órdenes contra Dios.

Santa Dios! qué dioses esos competidores del alto y poderoso que reina en cielos y tierra! Gimen las hachas. caen las puertas: Reverendísimos padres, sed servidos de disolveros: *si vobis videtur, discedite*. Disolvemos? qué es disolverse, bellaco? responde el superior atrás de un montón de barbas, que Dios sabe si son postizas. Disolvemos decís? á qué llamáis disolverse, pícaro de más de marca? se disuelve Jesucristo? se disuelve San Pedro? se disuelven los ángeles, alma de buho? *Par Dieu!* replica el comisario, yo no vengo á dilucidar con vuestras reverendas puntos contenciosos; vengo á cumplir una orden, y nada más Orden y nada más, pedazo de estuco? qué es orden y nada más, cernícalo lagartijero? Al comisario se le crizan los bigotes, le crujen los dientes en las mandíbulas, y echando de la una oreja á la otra el sombrero de dos picos: *Sacapapié!* ministriles, cumplid vuestro deber. Los gendarmes se llegan al mártir que se ha echado de largo á largo en el suelo: Padre, no nos obligue vuestra reverenda á servirnos de la fuerza: dígnese ponerse de piés. Máteme, responde el fraile. No venimos á matar á nadie, padre, sino á poner á vuestras reverendas en la calle, para que cada cual se vaya á su casa. Mátenme, repite el fraile, y se aferra contra los ladrillos. Los gendar-

mes, lo más delicadamente posible, vertiendo lágrimas, dicen los católicos llorones; torrentes de lágrimas; lágrimas de gendarme, toman al provincial entre cuatro de ellos, uno de cada brazo, otro de cada pierna. El fraile, como cadáver, *tanquam ac cadaver*, se deja sacar sin forcejar, justo es decirlo; mas no sin protestar ruidosamente y sin mandar á los quintos infiernos á la República, la democracia, el gobierno, el presidente, los ministros, Gambetta, Ferry, Constans y más herejes que así les privan de su comodidad.

Como el tirarse á tierra, el agarrarse á las patas de las tarimas, el hacer barricadas con los muebles había sido santo compromiso de todas las comunidades, así lo hicieron desde Tolosa hasta Bolonia. Los dientes le han sudado al gobierno de la República, para mondar el haza en los más de doscientos monasterios que habían caído bajo la jurisdicción de la ley. *Legem, res surdam, inexorabilem esse*; y han echado la gota gruesa los pobres corchetes sacando en brazos las barrigas desaforadas de los benedictinos, los pescuezos descomunales de los capuchinos. Los jesuitas, gente más advertida, no estuvieron por dejarse arrastrar: con sus propios piés, los pobrecitos, ganaban la calle, llevando en sus propias manos cositas de oro que ellos se tenían allá para sí en bien de la religión. Y el hijo de Pablo Feval? dónde está el niño mártir? Muchacho, le dice el comisario, y tú qué haces aquí? He venido para que ustedes me expulsen del convento junto con los padres. El comisario le toma por una oreja y le pone en el corredor. El hijo de Pablo Feval, la corona del martirio en las sienas, sube al cielo. Dichosos católicos! No serán tortas y pan pintado lo que me den estos señores, Dios de misericordia. Para llamarle impío á un buen cristiano, bribón á un hombre de bien, comunista á un campeón de la libertad, *petrolero* á uno que no usa ni aceite de almendras, ellos son: manse dumbre, bondad de Jesucristo, en ellos; caridad, perdón, ellos; Salsa de perro, cara de caballo, al-

ma de bayeta negra, qué no es el que no profesa sus opiniones de buena ó de mala fe? Y aun no tan malo si no es más que esto; aínas le califican de ladrón, asesino y blasfemo; pero sin dar la cara, porque á nadie le gusta que le manteen como á Sancho, ni que le suelten por esas calles bañado en alcohol y prendido en fuego.

Pregúntenme si yo hubiera hecho lo que Gambetta; yo responderé que no: adolece de envidia esto de quitarle a un capuchino el cañón de la boca; y tengo por ojeriza reprensible no dejarle al buen padre benedictino beber del vino que le gusta. En España los franceses son carísimos; pues tendrán que hartarse de valdepeñas, y ahí se las den todas á Gambetta. Don Tomás Cipriano tampoco se anduvo en chiquitas: padres y madres se fueron á buscar la vida en otra parte habiéndoles roto las ollas de Egipto el viejo reformador. No le habrá sido bien contado á don Tomás en ese tiempo; el infierno está listo para cualquier picardihuela; ni puede nadie alzarle los ojos á un Plutón de estos metido con cabeza y todo en el pesado abismo que llaman hábito. Hoy no hay quién se acuerde de la famosa alcaldada de Mosquera, ni en Colombia; y no hay quién no se desgañite, aun en Colombia, contra ese don Tomás Cipriano sin espada que está dando la ley orillas del Sena. La razón es que los del uno son hechos consumados, y los del otro tienen que pasar rompiendo las filas enemigas para consumarse. El bautismo de hiel y tinta de los períodos es sacramento que imprime carácter: el que pasa por él, ya tiene nombre, y es persona. Quemada la frente, herido el corazón, triunfa por fuerza de la naturaleza, y es hecho consumado. No hay cosa más dura que el hecho consumado: éste es la lima de la zorra: los que le muerden, muerden en vano, y gritan y padecen, y al fin se quedan en silencio.

Mi ánimo era insinuar que, gracias á unos pocos hombres bien intencionados, la República francesa estaba medrando á ojos vistas de las monar-

quías de Europa. Uno solo, como esté en su mano comunicar movimiento á la política, puede formar un buen gobierno; donde la voluntad de un perverso es ley, y las extravagancias de un tonto no sufren contrarresto, la nación está perdida. Tal sucede en el Ecuador, la más desgraciada, sin duda, de las repúblicas hispano americanas. Los extranjeros que llaman *ilustrado* al moloso que le tiene en los dientes, saben lo que dicen? Tan fecunda es la materia, que después de dos Catilinarías, hay pruebas tan esenciales de la ilustración de aquel Maximino, que no sufre la verdad las omitamos. Presidentes ilustrados. gracias á Dios, los hemos visto, desde el Plata hasta el Funza, desde el Orinoco hasta el Apurimac. En Buenos Aires, tomando el agua no de muy arriba, don Domingo Sarmiento, Avellaneda, hombres civiles de facultades eminentes. Entre los militares mismos, sabido es que el general Mitre así menea la espada como gobierna la pluma. Roca, actual presidente, no le va en zaga, y procura emular á los mejores gobernantes.

Desde Manuel Montt, Chile ha visto al frente de la república sus hijos más beneméritos: Errázuriz, escritor de los primeros, reformador astuto, patriota sin mancha. Pinto no es letrado ni literato, pero sí hombre de juicio recto, y no extraño á los secretos de la política. En cuanto al Perú, don Manuel Pardo es tenido en opinión de haber sido uno de los peruanos más ilustrados y hábiles. Colombia no es ganga de los ineptos: don Tomás Cipriano de Mosquera debió á su talento no menos que á su fuerte brazo la preponderancia con que sirvió de guión á un gran partido. Ospina es antiguo de profundos conocimientos, diestro escritor y terrible polemista; es uno como Luis Veuillot que ha ceñido la banda presidencial. Murillo salió por sí mismo de la oscuridad, y brilló bajo el solio por sus méritos. Santiago Pérez es uno de los más aventajados escritores de Sud-América, habiendo cultivado varios ramos de la literatura. Por lo que respecta al presidente actual, don Rafael Núñez, todos saben que es

pluma, sin que escaseen los conocimientos en ninguna materia que toma á pechos. En Colombia no es inútil la inteligencia, y menos perjudicial, como en su infortunado vecino: donde la ineptitud es infanta heredera, la inteligencia muere, si no huye: donde reinan crímenes, y vicios son monarcas. las virtudes hacen sombra que conviene disipar. Ignacio Veintemilla no sabe leer ni escribir: el círculo de sus ideas es tan estrecho, que no sale de un restringido epicureismo: conocimientos en historia, economía política, derecho de gentes, mal ha de tener uno que no puede averiguarse con el libro. Y con todo, personas hay en el Perú, en Colombia que le llaman *ilustrado* y encarecen la bondad de su gobierno. Sobre el Perú no gravita el horrible cargo que con este fundamento pudiéramos hacer: son apologistas del opresor son gente de allende el mar, de esos que entran por todo, sin que obre en ellos deseos del bien ni les mueva patriotismo. Pruebas llevamos aducidas de la ilustración y de la rectitud de aquel singular presidente de una república; gustaríades de otra no menos trascendental? Miradla aquí:

Por decreto ejecutivo, Ignacio Veintemilla da súbitamente abajo con los profesores de la Universidad de Quito, quienes se hallaban posesionados de sus cátedras habidas por oposición. Los estudiantes, ofendidos, dirigen al Gobierno una solicitud en forma de protesta: Ignacio Veintemilla, imaginando que ése es el caso de mostrarse valiente y hombre que sabe, responde con orden de persecución á muerte. El panóptico, ó casa de penitenciaría, recibe á los jóvenes más notables de la capital y las provincias: sometidos al régimen del palo, ven lastimados en ellos los fueros de la sabiduría y la esperanza. Azotar á los jóvenes en el patio de una casa infame, los jóvenes de la Universidad, es azotar el porvenir. Estas penas de hecho, sin ley que las autorice, sin juez que haya desentrañado el delito, sin sentencia que las vuelva inevitables, son la obra de la barbarie que más irrita á la equidad, que más aflige á la justicia. Sin equidad ni justicia, sin ley ni juicio ¿qué ilustración?

¿qué civilización? He allí, pues, un bárbaro tan torpe como feroz, proclamado "hombre ilustrado, cuerdo gobernante," por la codicia, prostituta medio loca que se anda echando mentiras por el mundo. Venid acá, patronos de la barbarie; ó es falso este último escándalo, ó Ignacio Veintemilla hizo bien de cometerlo: no lo primero, puesto que es verdad notoria hasta para las naciones vecinas; no lo segundo, porque lo absurdo no prevalece dentro de los límites de la razón. El que obra sin ley ni derecho, rompiendo por las cosas más respetables, á modo que los bandoleros penetran en el tabernáculo y roban los vasos sagrados, ése no solamente es bárbaro; es también malhechor, insigne malhechor, á quien deben perseguir los hombres de bien de todo el mundo. La Universidad es el templo de la sabiduría; en él enseñan unos, aprenden otros los secretos de la felicidad de las naciones; y en esos jóvenes ciudadanos está viendo la patria desde lejos sus legisladores, sus jueces, sus jurisconsultos, sus médicos, sus poetas, sus generales, sus sacerdotes, sus hombres de gobierno; el que azota ese golpe de muchachos condecorados por el porvenir, azota y escarnece la ciencia y las virtudes. Matar las esperanzas de los pueblos con los filtros de la ignorancia, envileciendo y apocando á los que se crían para hijos y padres de la patria, delito es de esos para los cuales, por inverosímiles, las leyes no han señalado pena. Tú, niño de pundonor, qué pensabas cuando debajo del poder de un negro recibías en el cuerpo la vara que lastima el corazón más que la piel? era ilustrado, sabio gobernante para tí la bestia sin freno que había puesto el azote en manos del verdugo? Sí, esa bestia sin freno, sin luz moral ni intelectual, es "hombre ilustrado" para los que se empuercan con el asco de la paga. Dinero es el héroe de los vicios: qué no alcanza este ruflán poderoso?

Las protestas de los católicos franceses contra el gobierno han sido mero pretexto de bravíos de sahogos: el gobierno, sordo á la injuria, no ha puesto la monta sino en la ejecución de su orden emanada de la ley. Si Grévy fuera tan ilustrado y

cuerdo gobernante como Veintemilla, el palo hubiera andado en Francia de modo de venirse abajo la República: ni tuerto han dejado de decirle á Gambetta los benévolo papistas: ese jayan tiene pelos en el corazón, y tal correa, que si le tiran á la cabeza el cántaro de Xantipa no sale de sus casillas. Qué palos, qué látigos en Francia á causa de las protestas? Los húngaros protestaron contra la idea de federación que suponían en el emperador de Austria; protestaron como audaces y atrevidos: Francisco José no mandó á Spielberg á los autores de la protesta, condenados á *carcere duro*. La majestad de Ignacio Veintemilla, más delicada, más excelsa, no ha podido sufrir una solicitud, y ha puesto su desagravio en manos del verdugo, ése que cuando no mata el cuerpo, mata el alma con la infamia. La firmeza de los estudiantes los ha salvado de ella: con valor para resistir el trato de negros que les daban los sayones, se han burlado del malhechor: ni el palo ni el bambre han podido una mínima con esos muchachos á cuyos ojos ha estado presente la honra. Contra-protesta á látigos; hay bruto extravagante? y de qué le hubiera servido esa contraprotesta cuando todo el mundo estaba viendo de los medios que se servía para arrancarla? Su fin era humillar, su timbre es humillar. Obra de grandes, obra de buenos es elevar, acrisolar, comunicar nobleza á los con quienes tratan como superiores. El flujo por envilecer acredita corazón depravado, alma baja. Si los hombres tuviéramos roce con los seres divinos, su contacto nos sirviera de purificación: inteligencia, virtud, crece y mas crece en nosotros á medida que vamos cultivando las relaciones celestiales. Nadie se tenga en algo sino en cuanto se juzga capaz de enseñar y mejorar á los que tienen que hacer con él: si pervierte, es inferior á ese a quien corrompe; el desmejoramiento de los que nos oyen y escuchan, los que reciben el peso de nuestras acciones, es pérdida para nosotros, si pícaros y corrompidos tienen algo que perder. Qué galardón es este de apocar, deprimir á nuestros semejantes? Si nos seduce la fama de ser tenidos por más fuertes, labremos esa pura y brillante que nace de las buenas, grandes obras: para fama, negra fama, tam-

bién la tienen los ladrones: éstos son superiores á los á quienes roban y matan. La fama de los tiranos, esta es, la de los tiranuelos, todavía más ruin. Filósofos, poetas, grandes hombres nos subyugan, nos pueden; á látigos, pregunto yo? Nos hacen confesar nuestra inferioridad, nos obligan á jurarles admiración con ese torniquete encantado que tan profundas y delicadas sensaciones causa en nosotros, esto es la inteligencia revestida de sabiduría ó empapada en poesía.

Un palacio del tiranuelo Ignacio Veintemilla ha desaparecido de su casa y la ciudad: madre, esposa del infeliz echan á andar por esas calles en demanda del hijo y el marido. Nadie sabe dónde pára, nadie da razón del hombre que tantas lágrimas les cuesta ya. Busca buscando, llora llorando, saben al fin que se halla preso; preso, mas no en dónde ni por qué. La prisión es rigurosa: ni comida, ni vestido: y cómo protegerlo, cuando su calabozo mismo es un misterio? Si la muerte, si el destierro, nadie lo alcanza: unos decían que había sido ya asesinado y enterrado secretamente; otros, que estaba andando camino de las selvas de Napo y Amazonas. El máscara de hierro no fué personaje más oculto y escondido. Una noche un hombre pálido se presenta de súbito en casa de una anciana: mudo, tétrico, allí está sin atreverse á abrir los labios. La anciana se le tira al cuello: Hijo, hijo de mi alma! no estás muerto? Sale una mujer joven de la recámara, y se abraza con el espectro: Fidel! Fidel! grita entre sollozos. Era el máscara de hierro; había salido de la prisión. Salió, para huír, para buscar un agujero en donde las miradas de los hombres no escudriñen la noche de su alma, rompiéndole con los ojos el secreto que le abrumba, la vergüenza que le mata.

Abelardo es la fábula de las gentes; Fulbert el odio de la naturaleza herida y descabalada.

No hay en estos países sino un ejemplo de este crimen, me ha dicho una persona antigua de Colombia: Sarria, con tener su venganza reflejos de legitimidad, llenó de espanto estas provincias. Veintemilla es un monstruo: á él no le abonan siquiera los celos legales.....

El caso fué que un hombre llamado Sarria tenía un compadre: tan estrecha la amistad entre ellos, que no conocían más ni tuyo; amistad santificada, en cierto modo, por los vínculos de ese parentesco sagrado que contraemos en la pila bautismal. La mujer de Sarria era como hija ó como hermana de su compadre; ciega la confianza entre ellos. Hermosa, en hora menguada, y pérfida esa mujer, y desleal. Sarria, jayán de entrañas duras, no era suave sino con su compadre. Un día su esposa echó de ver que estando en silencio, fija la mirada en tierra, encapotó la frente y frunció el entrecejo: la mujer tembló: el crimen es animal inquietísimo. No hubo nada esa tarde. Al otro día, Sarria, de muy buen humor, pide el almuerzo antes de lo acostumbrado, Y por qué? pregunta ella. Hija, si tengo que ir á la hacienda: más de veinte novillos quedaron sin herrar la otra semana. Almuerza el huaso: vengan los zamarros de cuero de chivo, las espuelas de rodajas como la rueda mayor de la máquina de Corliss. Abraza á su mujer, le pasa la mano por el cerro á su buena mula; monta, se va, despidiéndose hasta el sábado. Allí vuelve: algo se había de olvidar: Rosa, á mi compadre que no se me descuide de la chúcará. Y se va otra vez ahora de veras y del todo. *

Son las dos de la mañana: golpes á la puerta del dormitorio: Abre, ó echo abajo la puerta!

* La mujer era Rosa Croches, el marido Pio Quinto Toro.

Azarque dió una gran voz
Diciendo: Abrió esas ventanas!
Lo que me lloráis, oidme.
Abrieron, y así les habla.

A Sarria no le abrieron; él la echó abajo; pero cuando se botaba furioso adentro, dos personas se tiraban por el balcón al solar vecino. La mujer vuela, gana la ciudad, salva la vida en un monasterio; el compadre, como si le hubiera tragado la tierra. Sarria, oculto á su vez, se dejó estar en acecho algunos días. Ha descubierto al fin el paradero del seductor en las afueras de Popayán: lanza en mano, invade la casa que le sirve de refugio: tírase el delincuente otra vez por la ventana, huye, corre por esos trigos: su compadre, atrás, le pisa los talones, le coge, ya le coge! Rendido el prófugo, cae debajo de un guayabo: Sarria le ata al tronco, le ata muy de propósito: El sacrificio fué consumado, Sarria quedó satisfecho, los tribunales le absolvieron.

No nos engolfaremos en discurrir ahora acerca de la crueldad del reo y la sentencia de los jueces; bástenos recordar que la mujer de Sarria fué su esposa ante Dios y ante los hombres; que su compadre era para él como hermano, y que los había tomado *in fraganti* delito de adulterio. Si algo pudiera disculpar acción tan atroz, sería este conjunto de graves circunstancias. Ignacio Veintemilla no reivindicaba sino los derechos del incesto, *volviendo por la honra* de su difunto hermano, cuando hacía castrar á su médico en un sótano á la luz de una lámpara criminal. Personas respetables, con fianza de sus nombres, han hecho denuncia de este nuevo atentado á la América civilizada: la ilustración, la civilización de ese facineroso tienen notorios fundamentos.

Cómo no ha de ser hombre ilustrado, juicioso gobernante, cuando suprime el sueldo, esto es, impone multa á la Corte Suprema, por no haber sus vocales asistido á *las barricadas*? Las barricadas de Quito son una comedia donde una soez ramera hace de primera dama, con los Comentarios de César bajo el brazo. Venían de hácia el Norte un torbellino de chagras con palos y garrochas como para bueyes: las tropas del gobierno, veteranas, eran dos mil valientes cholos con sendos rémingtons de los mejores. El general se encierra en la plaza mayor, construye barricadas, irrogando con ellas una ofensa gratuita á sus batallones que no podían sino dar sobre el enemigo. El general gasta un millón de cápsulas en matar los campanarios, las torres, las paredes de la ciudad. Por un tiro de escopeta que hacía allá un fraile desde la ventana de su celda, la valerosa dama cuatro ó seis descargas generales, sin que nadie supiera contra quién. La artillería, más que en Waterloo, hizo destrozos ese día memorable, en las puertas de las casas vacías, los tejados, las bóvedas de los templos: para algo le habían de servir los Comentarios de César á esa que, habiendo pasado la edad de la prostitución personal, entendía en la de los otros: especie de madre Celestina con casaca, va y viene, y difunde la cobardía, y vende al miedo la honra, y entrega la vergüenza al que se la pide á media noche. Los chagras se han ido á sus casas, la revolución se ha concluido: ahora es cuando más le sirven los Comentarios de César á la señora de gorra: fuego á las torres! descargas cerradas a las iglesias! cañonazos á los balcones! Oh día de valor y hazañas memorables! Gente muerta, en gran número: viejos, mujeres, niños: la señora ha venido al fin á persuadirse de que es hombre de batalla. La madre Celestina es famosa en España; Quevedo ha inmortalizado á la madre Labrusca; la madre Plinosa es celeberrima en Burgos; la madre Guía en Madrid; la tía Cornelia, con haber ascendido á ministro de relaciones exteriores, ha vuelto insigne á la ciudad de Quito.

Los chagras se fueron, como queda sentado: su excelencia el general Ignacio de Veintemilla cae co-

mo un rayo en el campo del honor y el heroísmo: ahora, ahora es cuando debe venir el valiente, puesto que ya no hay guerra. Vino, vió y venció..... á los vocales de la Corte Suprema; y les impuso multa por no haber asistido los buenos de los viejos á las barricadas. Las personas que componen ese augusto tribunal suelen ser hombres maduros, si no del todo ancianos: la ley misma lo excluye por su edad, del servicio de las armas; ¿ahora su dignidad? Varones que tienen la balanza de Temis en la mano, de suyo son respetables, ya por su grandioso ministerio, ya porque sus facultades físicas no les abonan para la guerra. ¿Quién les había requerido, por otra parte, para que concuriesen á ese espectáculo miserable? La misa, dígala el cura: así como los militares no tienen obligación de ir á apoyar con sus consejos á los ministros de la Corte Suprema cuando va de un escabroso litigio, así éstos no la tienen de encerrarse en *las barricadas* junto con la prostituta consabida. En yendo de la patria, la libertad, ú otra causa grande, viejos y niños, en buenhora, hagan suya la defensa común: mujeres han dado muchas veces ejemplo de valor y denuedo, desde la romana Clelia que se arroja al Tíber, hasta la española Agustina en las murallas de Zaragoza. Mas por un garañon que se está titulando ahí Jefe Supremo, mediante una felonía, ¿qué deber les corría á viejos, mujeres y niños de tirarse á las barricadas, no á morir, pues no había quién los matara, sino á cubrirse de ridiculez y prostitución rozando con la mujer de mala vida que allí estaba vestida de hombre con título de jefe de la plaza? En las grandes ocasiones la bandera del Profeta es izada en el palacio del Gran Turco, y ésta la señal para que todos los hombres, desde los siete hasta los setenta años, se presenten á tomar las armas. Ignacio Veintemilla se estima en tanto como el Gran Turco: delito es de lesa majestad no botarse á defenderle, sea uno viejo, sea joven; sea varón, sea mujer. Un anciano que ha pasado la vida en destinos subalternos, maduro de caerse, sin fuerzas ya para portero de la oficina que le tolera de lástima; este anciano, apoyado en su bordón, temblándole todo el cuerpo, se presenta en casa del excelentísimo señor jefe supremo. Taiti-

co, qué quíeres? le pregunta el grande hombre. Señor vengo por ver si vuecelencia manda devolverme el sueldo que me han suprimido. Estuviste en las barricadas? No sea pues tan tonto, señor: cómo he de estar en barricadas ni reductos, cuando á la sepultura no puedo ya llegar sino en brazos ajenos, á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César: el jefe supremo ño mandó fusilar ese anciano, ni se dejó arrebatarse de la ira; antes se encendió en vergüenza cuando el viejo le hubo hecho ver la demasía de su estupidez. Dicen que la nariz se le hinchó que parecía hígado de toro; las orejas se le pusieron como palas salidas de la fragua; los ojos, revueltos en materiales inmundos, se le clavaron en el suelo; hizo conocer el Mudo, en una palabra, que el viejo le había dado en las mataduras. Cuando salió el chocho, el jefe supremo alzó la cabeza y dijo: Han visto ustedes la necedad de este Matusalem? quería irse á la sepultura con sus propios piés.

Camilo Furio no les impuso multa á los senadores porque no se habían encerrado en el Capitolio junto con los restos del ejército roto y destruído á orillas del Allia: esos varones ilustres, clarísimos y espectables, metido cada cual en su trabea ó vestido rozagante, empeñado el cetro de marfil que era su insignia, se estuvieron gravemente en el senado, hasta cuando los galos llegaban á cortarles á cabeza. Espada para el soldado; en manos del senador, el cetro de marfil. Por causas grandes, como queda dicho, el viejo es joven; por causas ruines, ojalá no hubiera un solo hombre de bien y pundonor que expusiese vida ni sosiego. Los ladrones, defiéndanse ellos: pero no; son los que menos se molestan, puestos en cobro cuando los demás están peleando. Ignacio Veintemilla, que impone multa á los vocales de la Corte por no haber estado en las barricadas, en lo que menos piensa es en acudir al peligro por su parte, come, come y más come; bebe, bebe y más bebe en Guayaquil, la puerta de la república. Triunfan los soldados, suya es la victoria; mueren los soldados, él se em-

barca repleto de dinero y se va á Europa á comer, beber, dormir, jugar y llevar adelante su vida de padre de los vicios.

Cómo sucede que este caballero del milagro haya venido á ser dueño absoluto de un pueblo que se titula civilizado y libre? preguntarán quizá las repúblicas vecinas. Helo ya dicho, y con fuerza; pero como el verdadero autor de esta situación lamentable lo echa todo á doce, sin tener cuenta con verdad ni buena fe, lo habré de repetir en pocas expresiones, á fin de que los sucesos, á fuerza de dar golpes en el entendimiento y la memoria de ciertos pícaros grandemente culpables, queden, si puede ser, grabados en ellos. Un indio echado del Perú por espía de los chilenos, ha publicado en Panamá cinco piezas de increíbles falsedades, ocultando su patria y su nombre, como prueba de las mentiras que daba al viento sin género de fianza. Ramón Borrero no es Ramón Borrero; ni es de los morlacos de quienes don Francisco José de Caldas habla con tanto encarecimiento en el "Semanario;" es Juan Francisco Rodríguez, de la ciudad de Loja. Quien así se oculta para ver de hacer cargos tan graves, deponiendo está contra sí mismo: la verdad infunde valor en el ánimo más flaco; para decirla, el que se siente fuerte con ella no principia por negarse á sí mismo, renegando de su prosapia, y hasta del lugar de su cuna. ¿Por qué Ramón Borrero, esto es, Antonio Borrero, expresidente de la república del Ecuador, no dijo con su firma lo que ha dicho con otra fingida y apócrifa? Porque él sabía muy bien que lo que estaba estampado en el papel respecto de los pocos liberales de rectitud, todo era falso. Se ha excedido ese cautivo en términos de poner en mis labios palabras que, si no son de él, son de canalla que sólo en él puede ha-

llar semejante; y esto sin tener advertencia á cronología, verosimilitud, lógica, nada. El primer paso de la revolución de Ignacio Veintemilla fué mi destierro, á causa de una obra que él estimaba perjudicial para él de todo punto. Entre Antonio Borrero y era revolución, yo no habría vacilado entonces, ya porque este zanguango, de liberal acababa de volverse terrorista, ya porque nadie podía imaginarse que ese caballo bendito de Ignacio Veintemilla había de prevalecer por los crímenes y los vicios sobre todos los tiranuelos de Sur-América. Y no traté de ponerle á un lado sin pérdida de tiempo, quizá por una visión profética de lo que había de ser este malvado? La revolución, podía quedar; mi empeño de hombre de bien fué destruir al principio la causa de las negras cosas que estamos viendo y padeciendo. Si ahora fuera de mi competencia poner al frente de la república uno de esos dos raros personajes, yo diría que uno y otro son peores. Don Antonio Borrero, hombre único en su especie, tuvo para sí que le habíamos sacado de la noche de su vida, no más que por dar espacio á su índole afectuosa: todo lo reducía al amor esc Diego Marcilla.

“Del amor sus desventuras
Salen y en él van á dar”

Vuelto de mi destierro, tomo el hilo de mis escritos y encruzezo mi oposición al infame Veintemilla: cuándo, á qué hora he dicho las indignidades que ha puesto en mi boca el miserable Borrero? Tan luego como hube desembarcado en Guayaquil, principié mi campaña sin cautela; de tal modo que Urbina recibió orden de sacarme otra vez inmediatamente del Ecuador. El viejo porquerón tuvo miedo: los jóvenes liberales estaban rugiendo todavía, y no le hubiera sido bien contado al zorro, si ejecuta la orden de su señor. Después de eso “El Regenerador,” “El Consejo de guerra,” “Vicente Piedrahita,” “Eloy Alfaro,” muestras de acendrado patriotismo é encreíble audacia una tras otra, el veneno al frente y el puñal á la espalda; y he allí

que un trotaconventos llamado Antonio Borrero se mete en el albañal, y sin ser visto de nadie, grita que Ignacio Veintemilla es obra de Juan Montalvo! Ignacio Veintemilla, por el contrario, negaba haber hecho revolución: "No he hecho sino salvar á la República de Montalvo y los radicales," dijo repetidas veces. Luego la revolución de Veintemilla no fué la mía. Lo dije ya; pero á sordos ¿qué palabra? pero á necios ¿qué razón? pero á inicuos ¿qué verdad?

Una noche fuí á una casuca del barrio de la Recoleta en la ciudad de Quito. Había guardia en el zaguán, centinelas en la puerta de calle, desdiciendo este aparato de la desnudez de esa pobre morada. Entro á un aposento: una vela apagadiza está allí muriéndose de tristeza: el moco de la torcida, largo de una pulgada, ruega en vano por las despabiladeras. Donde habitan almas oscuras la luz no tiene protección. Un hombre está acurrucado en una esquina de la sala: llégome, háblome; es un morisco trasquilimocho de catadura poco excelentísima ni presidencial. Juntas y á nivel las piernas, tiene las manos metidas entre los muslos, bien como si estuvieran en el cepo á causa de un prodigio de esos que llaman hurtos. Caída la cabeza, tiene la quijada clavada en el pecho. Levanta sesgamente los ojos, quiere ponerse de piés, y se queda á medio camino torpe y sin maña. Como no ha sacado las manos de entre las piernas, al enderezarse á medias, ellas han quedado en la bragadura. Así me está mirando por sobre el párpado el hombre tenebroso. Yo hago los honores de su casa; Siéntese, señor don Antonio. Se sienta. Cúbrase. El zoquete alarga el brazo, toma por ahí un objeto y se lo cala. Era la gorra del coronel Polanco, visita recién venida. ¡Y digo si estaba ridícula esa cara de notario de la curia con

cachucha militar! Señor don Antonio, vengo para ver si evitamos una calamidad pública: los liberales del Guayas me han autorizado para entrar con usted en arreglos. Sin esto, la revolución es un hecho. Rebulución? contestó, abriendo unos ojos que parecían anteojos. Sí, re *bu* lución, dije, cargando el acento en el *bu*. Don Antonio se quedó callado. Qué es lo que piden los masones? dijo al fin. Una prenda de la lealtad de usted: por ahora se contentan con que nombre usted ministro al señor Carbo.

“Qué dirán los señores obispos!”

“Los señores obispos dirán que los liberales no hemos elegido presidente á don Antonio Borrero á pesar de ellos, para que ellos manden sin contrarresto y den la ley de la sacristia. Los señores obispos no son la república; ni la política es negocio de su voluntad exclusiva. Vamos don Antonio, pecho al agua.”

“Qué dirán los señores obispos!”

“Y qué dirán los señores liberales, si usted los pone así debájo del poder de esos Poncio Pilatos que los han tenido entregados á los judíos durante quince horribles años? le hemos sacado á usted de su hogar doméstico para que nos venda de este modo y se burle de nosotros? No queremos perseguir á terroristas, clérigos ni clericales; pero no queremos tampoco ser otra vez víctimas de ellos. *Nihil timendum*, señor don Antonio!”

“Qué dirán los señores obispos!”

“Los señores obispos dirán que el hombre que le debe todo á un partido, si es justo, leal y prudente, no se vuelve contra él puñal en mano, agavillado con sus enemigos perpetuos; dirán que la buena política consiste en no ofender é irritar á dómines que pueden mucho, ya por la inteligencia, ya por la audacia; dirán que el mejor gobierno es el que se compone del mayor número de hombres notables por las luces y las virtudes. Dirán que ya es crecida generosidad en los liberales proponerle á usted convenio, después de esta como traición que nos ha hecho.”

“Qué dirán los señores obispos!”

Vamos, con este bruto no he de hacer cosa. "Qué dirán los señores obispos:" y para decirme esto, siempre esto, nada más que esto, se había puesto gorra de soldado.

"Oigasé, me dijo cuando me estaba y no le o de cólera: nombraré ministro al señor A. R. pero no ha de haber rebulución."

"Qué dirán los señores obispos, señor don Antonio?" pregunté volviéndome. Bajó los ojos, y repuso: "Vaya proponga por la imprenta la combinación; pero no antes de haber escrito á mi hermano Ramón: si él aprueba nuestro convenio, dello por cosa hecha." Escribí á su hermano Ramón; le escribí al indio pícaro. "Sabia combinación;" contestó á correo vuelto: ella le salva á Antonio, ella salva á la república." Cuando á mi me contestaba esto, á Antonio le decía: "Y qué dirán los señores obispos?" Propuse el convenio por la imprenta: el grandísimo bellaco de don Antonio nombró ministro ese mismo día á un enemigo mortal de los liberales. ¡Qué dirán los señores obispos! Y qué dirá el señor obispo Ignacio de Ventimolla cuando se acuerde que el señor morisco Antonio Borrero le puso la *rebulución* en las manos? También nosotros la íbamos á hacer; pero el ilustrísimo señor obispo Ignacio de Veintemilla salvó á la república de Montalvo y los liberales. Así es como es presidente este egregio Capador. Uno de los dictados que más aprecia el Gran Turco es el de matador: Ignacio de la Cuchilla á trueque de ningún título diera el de Capador. Hablando yo una vez con ciertos godos ecuatorianos respecto de la desventura de la patria y su tiranuelo, fueron de parecer que para el malvado el talión era la pena. Querían castrarlo esos buenos católicos, á modo de caridad y santa justicia. Napoleón el Grande le prohibió al papa castrar muchachos para el canto del *Miserere*: si no hay Napoleón que le salve y ampare, los católicos del Ecuador le castran al castrador el día que le puedan haber á las manos. Como yo no tenga parte ni arte en esa brutal administración de justicia, ni apruebe esa negra sentencia, no me amargaré verle apacible al Mudo, y suelto sin perjuicio de nadie. Por lo menos le habrán librado de las esta-

cas de los yangüeses; pues entonces no habrá tomar mal siniestro; y esto es no poco servirle. Los católicos tiran á dos hitos, ó hacen una vía y dos mandados: le ahorran las estacas al señor *de Veintemilla*, y les ponen en salvo sus yeguas á los dichos yangüeses. Esos sí que lo pueden todo sin hacer mala, sino buena obra: Sarrias benditos, manos á ella!

Un hombre tan injusto como necio, tan cruel como canalla, me andaba moliendo de día y de noche con esta admiración: Un hombre solo! un hombre solo azota, mata, hace temblar el mundo: qué liberales los del Ecuador, qué pueblo! Faltaba el menguado á toda clase de miramientos, así como faltaba á la razón. Era yo su huésped involuntario, me hallaba á la sombra de un pabellón respetable, amenazado de muerte por el famoso García Moreno, y me insultaba de este modo á cada instante. "Qué país éste, qué gente! qué liberales!" Y todo en mi presencia. Si yo era víctima inerte de aquel huaso, no hay para que se diga; pero inútiles las sofrenadas violentas que yo hacía por contenerle. La enorme borla de su gorra de mil colores se le caía á cada paso á la nariz: "qué país, qué gente!" El país, la gente del Ecuador tenían la culpa de la borla.

Un hombre solo..... El tirano es uno; sus admiradores, sus esclavos, sus esbirros no tienen cuento. El manda, siempre es uno; los que obedecen y ejecutan, siempre muchos. Si el tirano fuera solo contra todos, es claro que no existiera. Quería ese *matachín* abominable que García Moreno fuera él mismo ciento, doscientos, mil tiranos? Un hombre solo..... Y no ha habido opresor más acompañado y apoyado: clérigos y frailes, todos

suyos; esto es, mayoría inmensa en país donde el que no quiere trabajar se rapa el cogote y se adhiere al dictador que nunca falta, para honra de la democracia y gloria de la república. Un hombre solo..... Y los soldados? á fuerza de látigos y dinero, todos suyos. Sabido es que en el Ecuador los liberales son veinticinco: no es poco lo que que han hecho estos jayanes con mandar á los infiernos al hijo de las tinieblas, y dar patas arriba con ese capuchino llamado Antonio Borrero. Jorge Isaacs ha dicho que no hay más que un liberal en el Ecuador: en poco está que yo no concurra en un parecer con ese valiente chico. Y tan desemejable le juzga á ese único liberal, que le llama Mizifuf: guay de los ratones diplomáticos.

Así ya empiezan á decir de Veintemilla: "Un hombre solo," y no es solo: es la suya gavilla numerosísima de pícaros. En pueblos corrompidos é ignorantes, la broza de la sociedad humana son las tres cuartas partes de la población: el de los perversos afortunados es siempre el partido más numeroso. Toda esa estopa antigua, esos cascos apollillados del tiempo de maricastaña, que se llaman generales, todos son aparceros y corchetes de Ignacio Veintemilla: tiene cada cual su agujero conocido en las arcas nacionales, y por nada consentirán en que se lo atarugue. Jesuítas, descalzos y capuchinos, son predicadores del católico Veintemilla, proveedor del *Miserere*..... Sus enemigos mismos le favorecen, le ayudan, le sirven de espías de los campeones de la libertad. Acaba un sacapotras infame de decir en un libelo que, "entre Montalvo y Veintemilla no había que vacilar." Veintemilla es mal menor para la patria; pero yo no le he azotado á ese *mitayo*, ni le he inhabilitado..... Había sido *el conde Patricio* echado del Ecuador por causas privadas é infamantes; ¿podía yo sufrir que se hombrease conmigo? Aquí de aquel diplomático: qué país! qué pueblo!

Otras veces, para estimularlos á los ecuatorianos, para animarlos, he dicho que si el pueblo

quisiera, diera abajo con ese puñado de ladrones. ¿De qué medios no se vale el que ansía la libertad de la patria, la era de la civilización? Tomadme en contradicciones, escritores de la hampa; el hecho es que he cumplido con mi deber haciendo cuanto cabe por levantar el ánimo de los pueblos á deseo de grandes cosas. Causa maravilla, ciertamente, que hombre como el actual dueño del Ecuador sea capaz de mantenerse bajo el solio: talento se necesita para lo bueno y para lo malo; y ése no lo tiene: qué ha de tener! Bobo es, oh si es bobo! sus tragaderas, increíbles. Una noche estaba contando chascarrillos en su casa, como suele entre gente de pocas obligaciones: un guayaquileño por ahí refirió que el viejo español padre de García Moreno había tenido por costumbre tomarles el toque á sus hijos conforme iban naciendo; y la prueba era estrellarlos de barriga contra la pared. El Trabuco, el canónigo cayeron al suelo como sapos: el viejo movió la cabeza en señal de ninguna esperanza: hum, dijo, esto no vale nada. Vino don Gabriel al mundo: el viejo de su padre á tomarle el toque: alza el avechicho implume, sopésóle, columpióle en las manos muy despacio, y volviéndole la barriga á la pared, le da contra ella. El chiquito, lejos de caer como sus hermanos, prende las uñas; y no solamente se queda ahí prendido, sino que se sube y se pasea en cuatro piés por el cielo raso, que era de morir de gusto. El viejo español, estregando las manos una con otra, inundado en júbilo, exclama: Este es el bueno!

Veintemilla había estado oyendo con esa cara... esa cara... esa cara suya, y no digo más: concluída la verdadera historia, se vuelve á Zulen, su hermano de leche, que estaba á su lado, y, rostro á rostro con ese tan parecido á él, de la mayor buena fe del mundo le pregunta: Cierto será? Pensaba el infelizote que pudiera ser verdad pajarotada como esa. Digan los terroristas lo que quieran, nunca me harán creer que García Moreno, recién nacido, se hubiese subido de uñas por la

pared. Después las uñas le sirvieron para mucho, no lo niego.

Como esa noche la mentira tuviese viento en popa, un general llamado Cuero de Vaca contó que en Patía había visto una cuna que se mecía sin necesidad de persona que tuviera cargo del parvulito. Cuna de cedro, decía el tragaldabas: examinando el secreto de esa complicación, no le hallé ninguno: cosa era de perder el juicio. He oído que en Europa hay aparatos cuyo agente es una hormiga: busco la hormiga, por si está metida en el asiento de la cuna, ó en rehendiya articiosa por ahí: nada: ni hormiga, ni pulga, ni perro que ande la noria. Con ser soldado, yo siempre he creído en duendes y ánimas benditas: si la difunta abuela de ese avejorro de la cuna no andaba en el enredo, el diablo era la máquina. Su precio doscientos duros: servía, eso sí, para toda la familia. aun cuando de cada parto nacieran siete cachorritos, como ya sucedió en Pusorga con una negra que yo conozco.

Natural es que la hayas conocido, puesto que tu ya es la mitad del secreto de los siete monos, respondió José María Urbina, el general de la lágrima colorada. Tunante! replicó su viejo compinche; soy yo negrero como tú? Para negros, amigos Pancho, con los de tu corazón pudieras formar una mitad de caballería, volvió á decir el de la lágrima colorada. Los cuales, todos juntos, respondió Cuero de Vaca; no bebieran lo que tú. En eso de beber. Panchito Vaca, Dios sabe si hemos mudado de bisiesto, aquí está Ignacio que no me dejará mentir. Seis meses há, dijo el testigo, que yo y José María no bebemos sino por puro patriotismo. allá á la vuelta de media hora. Sin contradicción podemos sostener que estamos reformados.

Reformados. . . . como otros que yo conozco, dijo Sánchez Rubio. Si vuecelencia no lo lleva á mal, haré relación de ese cambio milagroso de costumbres. Echa tu jicara, respondió el jefe supremo; y Sánchez Rubio tomó la mano á desenvolver su historia,

LOS DOS REFORMADOS

Poco después de la guerra de la independencia vivían dos veteranos en la ciudad de Chuquisaca, los cuales, mientras Bolívar y Sucre peleaban contra el rey de España en Junín y Ayacucho, ellos habían permanecido cruzados los pescuezos, rascándose mutuamente como buenos amigos y compañeros. Llamábase el más viejo don Crispín Zapote; el otro tenía por nombre Agamenon Chinchilla, uno y otro generales por sus hazañas y servicios. Es fama que los dos ilustres raigones de esa noble guerra bebían chicha raras veces, algunas vino, muchas coñac, y aguardiente por costumbre. Agamenon, le dijo un día el general Crispín á su camarada, preciso es mudar de vida: tú bebes más de lo que cumple para tu calidad: modérate; si es posible, réformate. Bien dices, Crispín, respondió el general Chinchilla: yo he pensado lo mismo: de hoy para adelante juro por la cruz de mi espada no tomar ni caldo de gallina. El aguardiente irrita, le pone á uno de mal humor, le da pesadillas de noche: no bebo.

Olvidas el peor de sus defectos, Agamenon; y es que le hace ridículo al que lo bebe: mira esa cara hinchada, esos ojos llenos de torpeza. El borracho es del demonio en cuerpo y alma. Hace dos semanas que por mi parte no consumo sino dos botellas por día, fuera del vino; y te sé decir que no me está yendo mal. Y tú, Agamenon? Yo, respondió el general Chinchilla, hace un mes que no tomo sino un trago cada quince minutos, para humedecer la canal maestra y entonar el estómago. Será la pólvora esto de tener un soldado echando polvo el gaznate. Mira, hombre, qué te parece este coñac que me ha llegado últimamente? El general Zapote se echa al colete un vaso de á media botella, y responde saboreando: **Esto debe de venir de la fá-**

brica: pero aún no me hago cargo: echa acá una narigadita de tu coñaquillo..... him? hum! regular, regular: así, así. Con que el amigo Chinchilla toma coñac de á cinco pesos, fuera del casco..... Como te iba diciendo, la intemperancia mina la inteligencia: no bebas, Agamenon. Mi pobre zamba..... ahorita se me viene á la memoria: acompáñame á tomar una copa por ella. De mil amores, Crispín, puesto que tú me acompañes después á tomar otra por..... quien tú ya sabes. Badulaque, repuso el general Zapote; y alzando el codo ambos capitanes insignes: "Salud!" "Salud!"

Siempre he pensado, dijo Agamenon, que un caballero debe tomar una copita antes de almorzar y otra antes de comer; pero el menudeo en que has caído, Crispín amigo, es ya cosa de borrachos: deja esta costumbre, que en verdad de perjudica. Me estás debiendo la que bebí por la de..... Patía. Cuenta y razón conserva amistad, Agamenon querido: "Salud!" "Salud!"

Esto de beber, dijo Crispín Zapote, es el vicio que más deprava y envilece á la humana criatura: la embriaguez consume riquezas, corroe entrañas, perverte corazones, oscurece entendimientos, empaña honras: el ebrio de profesión es miembro podrido en el cuerpo social: se le debe cortar, cortar, cortar.

Tú, sabes, respondió Chinchilla, que para estas operaciones usan hoy los cirujanos el cloroformo: puesto que te quieres cortar preciso es que yo te cloroformice. Tunante! replicó Zapote, riéndose con los ojos; y tomando el vaso que le ofrecía su camarada, se cloroformizaron uno y otro.

Puede uno echar un trago allá por muerte de un judío, querido Agamenon; como ahora que ha muerto Víctor Manuel; esto de beber de día y de noche, te ha de quitar la vida, dijo sirviendo dos porrazos de aguardiente amarillo: toma, por la pena que te habrá dado la defunción de tu compadre de Saboya. Verdaderamente, respondió Chinchilla, yo me llevaba muy bien con Víctor. Buen muchacho: no sabes que en Roma de dió un convite en el Quirinal? Quiri.....Quri..... dijo el viejo Zapote, mascando su aguardiente con vidrio y todo; nal. Ah, sí, yo sé lo que hay en esto: Quirinal..... no es

consonante de liberal? Ahora, pues, si hemos bebido á la salud de Víctor Manuel, sería poco cristiano en nosotros no beber á la de Pío IX, quien también acaba de morir. Será á la salud eterna de los dos amigos? preguntó Chinchilla. Eso se entiende, respondió Zapote; y echaron los dos su copa á salvación del papa y el rey de Italia.

Recorramos la historia, Agamenon, y dime si de los asirios hasta los caldeos hay un solo gran hombre que no hubiese tomado su trago. Mas no me pierdas de vista que uno es tomar una copa vía de regeneración, y otro beber por inclinación costumbre, como sucede contigo. no bebas Agamenon. Y le alargó la copa rebosante de coñac superior. Te he dicho, respondió Chinchilla, que mi propósito es inquebrantable: no beberé; te ofrezco beber. Este es de otro, eh? me parece de más consistencia, agregó estimándolo despacio con los labios. Pues! volvió á decir Crispín Zapote; y apacharon la tercer botella.

Esto de beber por vicio, Chinchilla hermano es el colmo de la miseria: bebe con buena ocasión el frío, verbigracia, requiere una copa: mira si siente bien cuando la empinas de propósito. El calor excita el paladar: sin esta fuerza de la vida que llamamos aguardiente ¿qué fuera de nosotros en los climas cálidos? En el arte militar de Federico el Grande, mi querido Zapote, he visto que eran cinco las causas del beber:

Cinco, si bien me aseguro,
Son las causas del beber:
Si llega un huésped, tener
Sed presente ó de futuro;
Ser el vino bueno y puro,
Y otro motivo cualquier.

Rióse el viejo Zapote, y dijo: Esa máxima no es de Federico el Grande, con quien yo privo mucho, es de San Crispín, patrono de los bebedores. Levántate, y verás cuán blandamente pasas este bocanudo. El General Chinchilla tomó el que se le ofre-

cía, y, ebrio más de las dos terceras partes, se puso á cantar en tono de rogativa: Santa Catalina, *ora pro nobis*. Qué Catalina dices, pájaro culebrero? gritó Zapote; Crispín he dicho. *Sancti Crispinis*, volvió á cantar Chinchilla, ahora en latín, en buen latín; á lo cual respondió su viejo Mentor: *ora pro nobis!* Y cada santo lo asentaban con una buena porción de coñac negro.

Habrá de ser nochebuena, dijo Zapote, después de doce santos, para que yo vuelva á tomar una copa; y sabe que mi palabra es oro; y *tin, tin, tin*, hizo sonar la orilla del vaso en los dientes.

He oído, Zapote amigo, que los licores fuertes son la cosa más perjudicial del mundo para el amor y sus beneficios: los borrachos, dicen, son por la mayor parte indiferentes á los incentivos de la hermosura, sin que den golpe en su corazón sino los halagos de la diosa Viña. Peste! respondió su viejo interlocutor; si esto es así, juro en Dios y en mi ánima no ver, oír, oler, gussar ni palpar una copa; y puesto que no he de beber en adelante, quiero tomar una, y valga ésta para todo el resto de mi vida. Si apreciáis á las hermosas, acompañañame, Chinchilla; que por ellas tomamos. Por ellas? no digo una sino cuatro: va por las hijas de Eva, Crispín heroico. Y gor gor gor, no fué copa sino botella la que empinó cada uno.

Conque licor y amor implica: de dónde sabes esto, Agamenon? haslo visto en los autores? Lecturita tenemos, eh, filosofín? Viejo, no te caigas! exclamó Chinchilla, echándole mano al colete: parece que hemos bebido, chico? Y agarrados uno de otro se estuvieron allí tambaleando, hasta que acertaron á sentarse de nuevo.

Has de saber que yo tonía un asistente, dijo Zapote: cuando quería beber el muy bellaco..... bellaco, bellaco dije? no es verdad que dije bellaco? Agamenon, mira, me parece que me está andando un cientopiés por el pescuezo. Rióse como caballo el general Chinchilla, y asentándole en el hombro una descomunal puñada: Con mil diablos! por qué me han llenado de luces el cuarto? no saben que tengo mal de ojos? Edecanes! Ah, canallas.....

Tenía yo un guacamayo
Que decía quis, quis, quis.

Qué? preguntó el viejo Zapote alzando la cabeza moribunda; guacamayo que decía quis, quis, quis? Por esta y por otras razones te decía que no debías beber. El beber y el amar se hacen la guerra: yo no bebo, luego amo. Yo no amo, luego bebo, dijo Chinchilla, y se echó al colete un vaso desmedido; después del cual discurrió de esta manera: Amar con correspondencia es ser feliz; beber sin oposición es ser feliz: luego beber y amar son una misma cosa; luego beber es amar, Yo bebo, luego amo: yo amo, luego bebo. Viejo, eh? echamos un traguete? Mejor será que no me lo des, respondió Zapote; pero dámelo. Esto de beber, Chinchilla hermano, por lo menos es flaqueza, puesto que no sea corrupción. Heme propuesto no beber, y no bebo: no bebo, Agamenon. Dime Crispín, morigerado Crispín, Crispín de agua; Crispín juicioso, Crispín de buenas costumbres, ese propósito corre desde hoy día? ¡Y qué sandio te parió tu madre! respondió ofendido el general Zapote; propósitos semejantes nunca corren desde hoy día, sino desde mañana. Echa acá una copa. Tomóla junto con su camarada, y se puso á cantar balbuciente:

Esta triste vida
Se te ha de acabar.

Agamenon, todavía no es mañana..... Toma, viejo, respondió Chinchilla, y sirvió un buen porqué de aguardiente. Habían echado tranca á la puerta los dos hombres sobrios, para que nadie los interrumpiera. Después de media noche, creyéndolos muertos, sus edecanes la forzaron, y tuvieron que llevarlos arrastrados á sus camas á sus generales y excelencias.

Yo no sé si es un recuerdo, ó si acaba de ocurrírseme esta idea, decía Madama de Sevigné tocan-

do á una cuyo origen le parecía dudoso. Crisipo ni Corneille nunca han influído en mí con esa su máxima de tomar lo suyo donde lo encontraban; y suyo llamaban esos filósofos todo lo bueno, de cualquiera que fuese. Antes por el contrario, le tengo horror al plagio; con decir que ni las imitaciones son de mi gusto, dicho se está que si en alguno me toman, será por que no habré sabido, como Madame de Sevigné, si tal pensamiento acaba de nacer en mi cerebro, ó si es cosa que la tengo leída veinte años há. La comedia de "Los dos reformados" tiene su modelo: seguro está que lectores ecuatorianos, de tan escaso condumio literario, me tomarán en la imitación; más como han dado en leer, y hasta en reproducir las "Catilinarías" escritores de otras repúblicas, no me he de exponer á que en Colombia, en Chile, y principalmente en Venezuela, donde Aristarco ha dejado una gentil descendencia, salga por ahí un crítico sin entrañas, y me grite: Hola amigo! en donde hizo usted pié para levantar el edificio de los dos borrachos? paréceme que en la vida de Moliére, por Glimarest, hay una cosa parecida? Efectivamente, Despreaux y Chappelle, dos íntimos amigos del gran autor, se proponen dejar de beber y reformarse. O más bien, Despreaux, condolido de la suerte de su camarada Chappelle, toma por suyo el contenerle en la desventurada carrera de la embriaguez. Mira, le dice un día, el abismo adonde te acercas sin conocimiento: detente, vuélvete atrás, abre los ojos infeliz amigo. Chappelle se pone á llorar muy de veras: Despreaux, amigo tú me salvas; beber yo? beber? Jamás! Y toma una copa con su amigo. El uno aconsejando, el otro agradeciendo y llorando, se emborracharon de manera que fué preciso llevarlos en angarillas á sus casas.

Como esta escena se ha repetido con Ignacio Veintemilla y José María Urbina, yo siempre la hubiera puesto por escrito, aun cuando Despreaux y Chappelle estuvieran inocentes de ella. Una tarde se encerraron esos dos insignes capitanes de América á tratar cosas muchas, muy buenas y muy grandes. Como sonasen las tres de la mañana, sus

oficiales echaron la puerta al suelo, y los hallaron boca abajo al uno, boca arriba al otro, soplando como dos tiburones. Aquí no hay imitación; el suceso es el repetido: pudo Glimarest no habérselo contado; yo siempre le hubiera dado cabida en esta Catilinaria. Y si es imitación, no es mía; el viejo Sánchez Rubio es quien refiere la verdadera historia de los famosos generales Agamenon Chinchilla y Crispín Zapote. Además, Glimarest pone en cuatro palabras cabales el chasco de los dos amigos de Moliere; y la de Sánchez Rubio es comedia en un acto redonda y bien torneada. Urbina y Veintemilla se le quedaron viendo de soslayo al viejo atrevido que así les había echado un venablo en forma de apólogo; y sin querer ahondar el asunto, dijo Veintemilla: Y de la cuna qué fué, amigo Pancho Cuero? Allí la encontré, respondió Cuero, y allí la dejé; que no quiero perro con cencerro.

No pones la monta en la tersura del lenguaje, dijo á su vez el general Zapote: cuero, perro y cencerro, tres asonantes acumulados en una línea: esta disonancia se evita con decir "amigo Pancho Vaca;" y ande la paz en el corro. Con que no quieres perro con cencerro, Pancho Cuero de Vaca? Tampoco lo quería Panza. Tú que has andado por el antiguo mundo, Ignacio, oh Ignacio, mi querido Ignacio, no has visto algo así como esa máquina prodigiosa, en la cual el movimiento perpetuo está visible? Chinchilla respondió: Yo he visto en París, en casa del palacio del duque Ruchafucolda (La Rochefoucauld) una cuna que no solamente se mueve de por sí y arrulla al duquecito, sino también le da de mamar de su propio peculio.

Asombrados quedaron todos y en silencio, hasta cuando Crispín Zapote dijo: Esa es alusión oratoria: según se me trasluce. Ignacio habla figuradamente. La cuna es la República, él es el duquecito.

Rióse el Mudo como caballo, y respondió: Tú también eres duquecito.....

Duquecitos, duquecitos, repitió desternillándose de risa toda esa ehusma de coroneles y generales

güeros; y haciéndose lenguas del ingenio del presidente, se fué cada uno á seguir mamando en su cuna de movimiento perpetuo.

Don Antonio Borrero, presidente constitucional de la República, en Ayavaca, se había estado con una tercia de oreja, mientras Ignacio Chinchilla, presidente constitucional de la República echaba en Quito la pajarota de la cuna. Cuando éste hubo concluído, volviése don Antonio á su hermano, el indio Ramón, que estubo á su lado, y en esa carota hollinienta, cerdosa, preguntó: Cierta será?

Pensaba don Antonio que podía ser cierta la pamplina de la cuna que da de mamar á su propio peculio. De éstos son los presidentes del Ecuador, esos Estados Unidos que no se cansan de producir Francilins, Washingtons, Lincolns, Sewars.